

Sinopsis: Cuentos para no desaparecer

Hay personas que no desaparecen de golpe. Primero dejan de pedir, de hablar, de ocupar espacio. Estos cuentos comienzan justo antes de que terminen de borrarse.

Cuentos para no desaparecer reúne historias de personajes atravesados por ausencias, culpas silenciosas, despedidas tardías y pequeñas formas de resistencia. Personas que llegan tarde, que callan demasiado, que piden perdón incluso cuando no hicieron nada malo y que aprendieron a hacerse pequeñas para no perder el lugar que tenían.

Entre habitaciones de hospital, cafés compartidos, cartas que no exigen respuesta, objetos rotos, recuerdos familiares y páginas que se niegan a guardar silencio, cada relato explora la memoria, la pérdida, la identidad, la pertenencia y la dignidad de aquello que parece insignificante.

Este libro no intenta explicar las heridas ni convertirlas en lecciones. Tampoco promete salvar a nadie. Solo quiere sentarse al lado de quienes alguna vez sintieron que comenzaban a desaparecer y recordarles que permanecer no siempre es un gesto grande. A veces basta una conversación, una carta, una historia o una pequeña forma imperfecta de seguir aquí.

La página que no lo dejó desaparecer

La página que no lo dejó desaparecer

La primera notificación llegó a las once y veintitrés de la noche.

Flonny estaba sentado frente a la computadora con una taza de café frío a la derecha, un vaso con agua tibia a la izquierda y una página en blanco abierta en el centro de la pantalla, como si alguien hubiera puesto una sábana limpia sobre una cama donde todavía no se atrevía a acostarse.

No estaba escribiendo.

Llevaba casi una hora fingiendo que sí.

Había abierto el documento con disciplina, había puesto el título, había cambiado la fuente, había revisado una coma en un párrafo viejo, había buscado el significado de una palabra que ya conocía y había entrado tres veces al correo sin necesidad.

Todo eso también era una forma de no escribir.

Una bastante elegante, si uno quería mentirse con estilo.

La notificación apareció en la esquina de la pantalla.

Tu historia me hizo llorar. Gracias.

Flonny la leyó.

Luego miró la página en blanco.

Después volvió a leerla.

No conocía a la persona que había escrito eso. Su nombre era una inicial, una fotografía borrosa y un país que él no supo ubicar de inmediato. Podía haber sido cualquiera. Una mujer en una sala oscura. Un hombre en un bus. Alguien acostado junto a una persona que ya no amaba. Alguien en un baño, en silencio, tratando de respirar sin hacer ruido.

Eso era lo peligroso de publicar algo.

Uno lanzaba una frase al mundo y después la frase entraba en casas que uno nunca iba a conocer.

Flonny apoyó los dedos sobre el teclado.

Quiso responder:

Gracias por leer.

Demasiado poco.

Quiso responder:

Me alegra que te haya acompañado.

Demasiado correcto.

Quiso responder algo mejor, algo de autor agradecido, humilde, luminoso. Algo que sonara como si él supiera recibir cariño sin ponerse nervioso.

No pudo.

Cerró la notificación.

La página siguió blanca.

A las once y treinta y uno llegó otra.

Sentí que escribiste esto para mí.

Flonny soltó una risa breve.

No por burla.

Por miedo.

Cada vez que alguien decía algo así, él sentía dos cosas al mismo tiempo. Primero, una ternura inmensa. Después, una especie de vergüenza, como si lo hubieran encontrado haciendo trampa.

Porque sí, escribía para acompañar.

Sí, escribía para que alguien allá afuera se sintiera menos solo.

Sí, quería que sus palabras llegaran donde él no podía llegar con el cuerpo.

Pero también escribía porque, si no lo hacía, había noches en que no sabía dónde ponerse.

Eso no cabía en una respuesta pública.

Nadie quería leer:

Gracias. Yo tampoco sé vivir muy bien con esto.

O quizá sí.

Quizá algunas personas solo estaban esperando que alguien se atreviera a decirlo mal.

Flonny se levantó de la silla.

El cuarto estaba desordenado de una manera pequeña: una camisa sobre el respaldo, dos libros en el piso, una libreta abierta boca abajo, una factura doblada debajo del teclado, como si hasta las deudas necesitaran participar en la literatura.

En la pared había una fotografía suya de niño.

No era una fotografía especial. Solo un niño sonriendo con esa confianza absurda que tienen algunos niños antes de aprender a pedir permiso por la alegría. Tenía los ojos vivos, el pelo mal acomodado y una sonrisa demasiado grande para alguien que todavía no sabía cuánto iba a costarle conservarla.

Flonny evitaba mirar esa foto cuando escribía.

Esa noche la miró.

—No empecés —le dijo.

El niño no respondió.

Tenía esa ventaja.

Los niños en las fotos no se defienden, pero tampoco obedecen.

Flonny caminó hasta la cocina y abrió la nevera sin hambre. Había medio limón, una botella de agua, arroz en un recipiente plástico y un pedazo de queso envuelto en una bolsa que ya no cerraba bien.

Cerró la nevera.

La abrió otra vez.

La volvió a cerrar.

A veces uno revisaba la comida para no revisar otra cosa.

El teléfono vibró sobre la mesa.

Esta vez era un mensaje privado.

No sé cómo explicarlo, pero tu texto me hizo sentir que no estaba loca por seguir extrañando a alguien que ya no está. Gracias por ponerle palabras.

Flonny leyó el mensaje de pie, en medio de la cocina.

No lloró.

Le dio rabia no llorar.

Había días en que la emoción le llegaba tarde, como un invitado que se perdía de camino a la casa y aparecía cuando ya todos se habían ido.

Escribió:

Gracias por confiarme eso.

Borró.

Escribió:

No estás loca. Extrañar también es una forma de seguir amando.

Lo miró.

Bonito.

Demasiado bonito.

Lo borró.

Dejó el teléfono boca abajo.

Regresó a la computadora.

La página seguía abierta.

El cursor parpadeaba con una paciencia ofensiva.

Flonny se sentó.

Apoyó las manos sobre el teclado.

Escribió:

A veces escribo esperanza porque no sé dónde comprarla.

Se quedó mirando la frase.

La odió un poco.

Le gustó un poco.

Eso era lo peor.

Las frases que a uno le gustan demasiado siempre andan cerca de convertirse en mentira.

La borró.

Escribió:

Hoy alguien me dijo que mis palabras le salvaron la noche. Yo no supe qué responder, porque la mía todavía estaba en el suelo.

No borró eso.

Todavía.

Se recostó en la silla.

La noche del otro lado de la ventana estaba quieta, pero no tranquila. Había una diferencia. La quietud podía ser solo cansancio acumulado. En la calle, un carro pasó con música alta. Alguien gritó algo que no se entendió. Después volvió el silencio.

Flonny miró la frase otra vez.

La mía todavía estaba en el suelo.

Le pareció dramática.

Pero también cierta.

Ese era el problema con algunas verdades: entraban al cuarto vestidas de exageración.

Abrió el mensaje de la lectora. Lo leyó de nuevo. “Gracias por ponerle palabras.”

Ponerle palabras.

La gente decía eso con gratitud, como si las palabras fueran mantas.

Y a veces lo eran.

Pero otras veces eran cuchillos pequeños.

O fósforos.

O bolsas donde uno metía basura emocional para que no apestara tanto en medio de la sala.

Flonny volvió al documento.

Escribió:

No sé si las palabras salvan.

Me gustaría decir que sí.

Sería bonito. Sería útil para la biografía. Sería una frase buena para una entrevista que nadie me ha pedido todavía.

Pero no lo sé.

Hay noches en que escribo una frase luminosa y después me quedo sentado frente a ella como quien mira una vela desde el otro lado de una ventana.

Alumbra.

Sí.

Pero no siempre calienta.

Se detuvo.

No sabía si aquello era un cuento.

No sabía si era una confesión.

No sabía si era una excusa con mejor puntuación.

Siguió.

Esta noche varias personas me dijeron gracias.

Una dijo que lloró.

Otra dijo que se sintió menos sola.

Otra me contó que extraña a alguien y que mi texto le dio permiso para no sentirse ridícula.

Yo leí todo eso con una mano en el pecho y la otra cerca de borrar la página.

Porque hay una vergüenza extraña en ser útil para otros mientras uno todavía se está buscando debajo de la cama.

Flonny sonrió.

Debajo de la cama.

Eso sí era feo.

Lo dejó.

Había que confiar también en las frases feas cuando decían algo que las bonitas querían maquillar.

Miró otra vez la foto del niño.

—Vos no sabías nada de esto, ¿verdad?

El niño seguía sonriendo.

Flonny se levantó, fue hasta la pared y descolgó la foto.

No lo hizo con solemnidad. Se le cayó el clavito, tuvo que agacharse a buscarlo, golpeó la rodilla contra el escritorio y dijo una mala palabra que arruinó cualquier posibilidad de escena sagrada.

Mejor así.

Volvió a sentarse con la foto al lado del teclado.

El niño quedó mirando la pantalla.

—A ver, pues —dijo Flonny—. Supervisá.

La palabra lo hizo reír.

Supervisá.

Como si el niño pudiera revisar la página y ponerle una nota.

La risa duró poco, pero alcanzó para mover algo.

Escribió:

Cuando era niño, sonreía como si la vida fuera a esperarme.

Después crecí y aprendí otras cosas.

Aprendí a no ocupar demasiado espacio.

A pedir perdón antes de molestar.

A hacer chistes cuando algo me dolía.

A desaparecer un poco antes de que alguien tuviera que pedírmelo.

También aprendí a escribir.

No sé si eso fue una salvación.

Quizá fue una forma más elegante de esconderme.

Quizá fue la única puerta que no se cerró del todo.

La página empezó a llenarse.

No rápido.

No como en las películas donde el escritor, tocado por una fuerza superior, golpea el teclado hasta amanecer con una obra maestra.

No.

Flonny escribía dos líneas y se detenía.

Borraba una.

Dejaba otra por cansancio.

Tomaba café frío y hacía una mueca.

Revisaba el teléfono.

Se odiaba un poco por revisar el teléfono.

Volvía.

Escribir era eso también: regresar aunque uno hubiera hecho diez estupideces entre una frase y otra.

A las doce y dieciséis llegó otro mensaje.

No sé si vas a leer esto, pero gracias. Hoy necesitaba no sentirme invisible.

Flonny lo leyó.

Luego miró al niño de la foto.

—Mirá vos —dijo—. Nos están descubriendo.

Esta vez sí lloró.

Poco.

Con una torpeza casi molesta.

Primero se le llenaron los ojos de agua y él siguió fingiendo que no. Después una lágrima cayó sobre la mesa, cerca de la factura doblada. No fue una lágrima hermosa. Se mezcló con una marca vieja de café y pareció más accidente doméstico que revelación.

Flonny se limpió la cara con la manga.

No fue elegante.

Tampoco hacía falta.

Escribió:

Tal vez eso es todo lo que intento hacer.

No desaparecer.

Y si alguien lee esto y siente que tampoco desaparece, aunque sea por unos minutos, entonces tal vez la página hizo algo.

No salvar.

No curar.

No ordenar el desastre.

Solo dejar una luz encendida en una habitación donde alguien pensó que ya no había nadie.

Se detuvo.

La frase era bonita.

Demasiado.

Estuvo a punto de borrarla.

No lo hizo.

A veces también había que dejar una frase bonita viva, aunque diera pena admitirlo.

El teléfono volvió a iluminarse.

No lo miró.

Eso fue nuevo.

No heroico.

Nuevo.

Siguió escribiendo.

Hay días en que uno no quiere morir.

Tampoco quiere vivir con demasiado entusiasmo.

Solo quiere no tener que explicar el peso.

Solo quiere que alguien diga: sí, yo también he estado ahí.

Y quizá por eso escribo.

No porque tenga respuestas.

No porque haya aprendido a vivir mejor que nadie.

No porque mi dolor sea especial.

Escribo porque alguna vez me sentí tan solo que habría agradecido encontrar una frase que no intentara arreglarme.

Una frase que simplemente se sentara al lado.

Como un amigo torpe.

Como una mascota vieja.

Como una planta mal cuidada que todavía insiste.

Como una silla que uno arregla aunque vuelva a cojear.

Como una nota mala golpeando un piano ajeno.

Flonny se detuvo.

Había escrito demasiado cerca de otras historias.

Eso lo asustó.

Luego entendió que quizá no era repetición.

Era familia.

Las historias también tenían hermanos.

No todos se parecían por falta de imaginación.

A veces se parecían porque venían de la misma casa.

Miró la página.

Ya no estaba blanca.

Eso no significaba que estuviera bien.

Pero algo había pasado.

La pantalla tenía párrafos, tachaduras, líneas que quizá al día siguiente le darían vergüenza. Tenía una verdad sentada en una esquina, despeinada, sin saber dónde poner las manos.

Flonny abrió el mensaje privado de la lectora y escribió:

Gracias por leer. No estás sola en eso. Ojalá esta noche te trate con un poco de cuidado.

No era perfecto.

Lo envió antes de arrepentirse.

Después respondió otro:

Gracias por decírmelo. A veces uno escribe sin saber hasta dónde llega. Me alegra que haya llegado ahí.

Y otro:

Te abrazo desde aquí.

Se quedó mirando esa última frase.

Te abrazo desde aquí.

Le pareció insuficiente.

También le pareció verdadera.

A veces uno solo podía abrazar desde donde estaba.

La madrugada avanzó sin pedir permiso.

El café se terminó de morir en la taza.

El vaso de agua seguía tibio.

La ciudad bajó el volumen.

Flonny guardó el documento con un título provisional:

La página que no lo dejó desaparecer

Lo miró.

Se rió.

—Dramático —dijo.

No lo cambió.

Apagó la lámpara.

La habitación quedó iluminada solo por la pantalla.

Durante unos segundos pensó en cerrar la computadora. Era lo normal. Lo ordenado. Lo responsable. Cerrar todo, dormir, empezar mañana con la espalda menos torcida y los ojos menos hinchados.

Pero no la cerró.

Dejó el documento abierto.

No por esperanza.

La palabra le quedaba grande esa noche.

Lo dejó abierto por si acaso.

Por si el niño de la foto quería mirar otra vez.

Por si alguna frase necesitaba quedarse respirando.

Por si algo de él, durante la noche, se cansaba de esconderse y necesitaba encontrar el camino de regreso.

Antes de acostarse, tomó la foto del niño y la puso junto a la computadora.

No frente a la pared.

No guardada.

Ahí.

Donde pudiera verla al despertar.

Luego se acostó sin lavarse la cara, con la manga húmeda y una vergüenza tranquila en el pecho.

El teléfono vibró una vez más.

Flonny no se levantó.

Sonrió apenas, de espaldas a la pantalla.

No sabía si al día siguiente iba a querer la página.

No sabía si iba a borrarla.

No sabía si alguien la leería alguna vez.

Pero esa noche, al menos, no la cerró.

Y a veces quedarse empieza así.

No como una promesa grande.

No como una salvación.

Sino como una página abierta en un cuarto oscuro, esperando sin exigirle nada a nadie.

Nota del autor

Escribí *Cuentos para no desaparecer* pensando en esas personas que siguen presentes por fuera, pero que poco a poco han dejado de sentirse parte de su propia vida.

Estos relatos no nacieron para ofrecer respuestas ni para convertir el dolor en una lección. Nacieron de silencios, despedidas tardías, gestos pequeños y momentos en los que alguien estuvo a punto de borrarse sin que nadie lo notara. Cada cuento mira una forma distinta de ausencia, pero también una manera imperfecta de permanecer.

Tal vez algunas historias te resulten cercanas. Tal vez otras te lleven a pensar en alguien que alguna vez dejó de hablar, de pedir o de ocupar espacio. Mi deseo no es que encuentres una solución en estas páginas, sino que descubras compañía. Que una escena, una frase o un personaje llegue a tiempo para recordarte que todavía estás aquí.

Porque a veces una historia no cambia el mundo.

A veces solo evita que alguien desaparezca.

Noel H. Hodgson